

La condición obrera

Manuel Ruelas Zepeda
manuruelas@gmail.com

Licenciatura en Comunicación Pública
Universidad de Guadalajara



Elaborado: abril de 2014
Recibido: abril de 2014
Aceptado: mayo de 2014



“Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen”

Albert Camus

Existe en la condición humana un elemento irreducible en torno al trabajo: la obtención de un fin obliga a la ejecución de ciertos medios. Los recursos son limitados en el mundo; exigen a la mente y al cuerpo humano tiempo de su vida. Tal vez la mitad de nuestra existencia la dedicaremos al trabajo o a sus aprendices próximos: la educación y el deporte. Éstos son tan sólo ejemplos refinados de una misma actividad: enfocar la atención, esfuerzo físico y mental en la búsqueda de un fin. Es el trabajo manual, donde reinan el obrero y el campesino, la expresión máxima de nuestra condición de servidumbre que ni siquiera una perfecta equidad social borraría. El mecanismo de la necesidad domina en todas partes. Y estos hombres, los cuerpos que mueven las herramientas de forma desnuda, conocen el secreto del precio de la vida. No son héroes los obreros; no son inteligentes o guapos; sin embargo, cuentan con la fuerza de la obediencia. Obedecer permite al ser humano tomar la vida, renunciar a ella, y en justicia, obtener libertad de espíritu al aceptar su realidad. Vale más confiar en estos hombres que en los héroes; no vaya a ser que el héroe se sacrifique por ansias de reconocimiento. Ser obrero puede significar muchas cosas, pero el signo de la desgracia que los acompaña es una huella de nuestra condición humana: seres finitos que padecemos el mundo; al igual que la materia, volveremos al polvo. Nada puede contra esta fuerza.

—Bueno —contesté la llamada.

—Sí, Manuel, te tengo buenas noticias: mañana empiezan la obra en el patio de Mariano Otero y Washington —me dijo Marcos, un amigo de mi padre—. Preséntate a las 8 de la mañana. Échale ganas y cuídate, no quiero darle un susto a tu papá.



Fotografía por Manuel Ruelas

Yo, ingenuo, pedí un favor sin mucho sentido: trabajar con peones que reparan el tramo del ferrocarril por toda la república mexicana. Su trabajo es simple: remover “durmientes” (trozos de madera que sostienen los rieles) a pico y pala. Con siete mil 108 kilómetros de vías principales y mil kilómetros de ramales, cerca de dos millones 132 mil durmientes han sido y serán renovados en los próximos años con los recursos de la empresa Ferrocarriles Mexicanos (FERROMEX), la operadora ferroviaria más grande del país.



—Y tú, güero, ¿de qué oficina vienes?

—No, vengo a trabajar como peón —le dije.

A unos veinte pasos, indigentes inhalaban gasolina o algo parecido. Entre tanto, observaba dos camionetas de las llamadas “dos toneladas” escupir picos, palas, marros, costales de clavos y unas barras parecidas a un destapador de corcholatas.

—Pos no sé qué haces aquí, ¿quién te recomendó? —me dijo sonriendo—. ¿A quién hiciste enojar?

—A nadie, sólo me dijeron que aquí te haces hombre —contesté nervioso, puesto que mi interrogador balbuceaba español: le había roto la mandíbula un tracto camión.

—Toma tu pala, ve y busca un pico. A ver si te prestan guantes y casco.

Tuve suerte: guantes sí había, y el pico no se salía de su mango, pero para la hora a la que llegué era tan chato el pico que tomé, que parecía que movía la tierra con una barra de metal. Ingenuo.

—Aquí el trabajo es individual, te pagan por lo que hagas. Sacas cuatro durmientes como mínimo; si no, no comes. Después, si sacas más, es para llevártelo a casa o sacar las chelas, güero —me decía Mati, de marcados rasgos indígenas.

Originario de Compostela, Nayarit, Mati formaba parte de la cuadrilla del mayordomo “Gallo”, antiguo peón de la vía, quien me confesó que seguía ahí porque no sabe hacer otra cosa.

—¿Crees que estoy por gusto, muchacho? Esto me enseñó mi padre y ya estoy viejo.



Fotografía por Manuel Ruelas Zepeda



“Mayordomo” es el nombre elegante para “capataz”. Sirve para supervisar el trabajo, contabilizar los durmientes y asegurarse de que los trabajadores no pierdan tiempo ni ritmo.

Pica, pica, pica. La tierra cede con unos buenos movimientos de cadera, espalda y brazos: es como nadar, pero contra la tierra.

—¡Quítense! —gritaban.

El tren de carga pasaba enfrente de nosotros, apenas a unos tres metros. Implacable. Tantas y tantas historias alrededor de los vagones del tren mexicano: negocios, narcotráfico, turismo, migrantes, fortuna, desgracia y un destello de belleza.

Frente al sol de Guadalajara y a una cuadra de la Avenida Washington, me tomó por sorpresa el trabajo sofocante y brutal del pico y la pala. Mientras intentaba sacar el segundo durmiente, después de tres horas de movimiento continuo, mis compañeros, incrédulos, fueron poco a poco acercándose a ayudarme.

Terminé el día con esos ojos rojos que la luz solar gusta de otorgar a los ingenuos. La tierra invadió mi entrepierna; mis manos y brazos temblaban por el esfuerzo; en la espalda sentía calambres. En fin, el sol sale todos los días.

Unos 35 hombres pasaban la noche en una casa con cuatro habitaciones y dos baños. Instalados en la colonia El Vergel de Tlaquepaque, los obreros (humanos de todos los siglos) tenían derecho a desayuno y comida pagados por su empresa. Ellos no trabajan para FERROMEX; son de esa nueva tribu llamada “subcontratados” (“outsourcing”, para los afortunados que conocen el inglés). Aquí pocos leen; la gran mayoría apenas cursó la secundaria (con “suerte”) y se tuvo que poner a “champear”, sinónimo de trabajar para comer.

Entre estos hombres hablar de fútbol o de algún otro espectáculo televisivo es absurdo: nadie tiene tiempo para la recreación. Ni siquiera pueden dormir porque su cuerpo sufre una especie de fiebre después de 10

o 12 horas de trabajo. No estaba frente a la “masa” inducida por la televisión, sino frente a personas más parecidas a un migrante que recorre nuestro país. Entre los sinsentidos del mundo, estos hombres cruzaban miradas con migrantes de diversas nacionalidades y condiciones mentales. Un jamaquino con un inglés extrañísimo me pidió de comer, pero mi reacción no fue la habitual de los voluntarios bien alimentados: yo tenía hambre, juro que tenía hambre. Aprendí muy rápido, entre el trabajo tosco y los metales, a ordenar el día en función del alimento.

Una banda de indigentes nos convidó de su comida, pero entre los obreros existe una especie de orgullo por ganarse el pan



de cada día. Por más decaídos que pude observarlos, con manos sangrantes, sudoración excesiva, ojos rojos por la droga, el sol y la falta de sueño, todos nos asumimos en una posición superior a la de los indigentes. No era el hecho de juzgarlos “indignos” —ni siquiera había tiempo para el juicio— pero el trabajo por sí mismo ilumina la vida. El trabajo en tanto “obligación” asume que uno debe ganarse el pan de cada día.

Raúl es de Sayula, Jalisco. En vísperas de la Navidad soñaba con visitar a sus hijos y su esposa. Lleva tres meses sin verlos.

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunté.

—Pues un día vi que estaban trabajando en la vía. Me acerqué a preguntar para ver si había chamba. Al día siguiente llegué, y aquí me tienes, güero.

Bajito, menudito de cuerpo, Raúl picaba fuerte mientras platicaba conmigo. Para ese momento del día él ya tenía ganas de desayunar.

—¿Tienes contrato? —le pregunté.

Se rio y me dijo que eso no se pregunta; en este trabajo se les considera odiosos a quienes lo hacen, les llaman “políticos”.

—Entonces, ¿cómo pides tus botas, los guantes, el equipo de trabajo? —insistí.

Lo miré, y enfrente de mí una hilera de trabajadores abarcaba el punto de fuga.

—A algunos les dan equipo, como las botas, pero no te creas que a todos; yo tuve que comprarlas. Estando en la vía, los guantes y el casco son obligatorios; es una regla de FERROMEX. El pico y la pala algunos los traen de su casa y los marcan para que no se los lleven. Pero yo tengo que ponerme vivo.



Fotografía por Manuel Ruelas Zepeda

Raúl trabajó por algunas temporadas en la recolección de jitomate en Tomatlán, Jalisco, y también estuvo en ingenios azucareros. Con esa sinceridad proveniente del dolor, me aseguraba que trabajar en la vía es mucho mejor que cortar la caña y aspirar el humo que se genera en la recolección.

Homero, primo de Raúl y compañero de trabajo, se acercó a “compartir humo”. Fumamos los tres. Pude observar una faja muy ajustada que portaba Homero.

—¿Por qué la faja? —le dije.

—Me lesioné en la otra chamba que tengo. Pongo azulejo. Bien bonito queda el canijo.



Homero tiene 29 años. Una niña de tres años y su esposa lo esperan en Sayula para Navidad. Saqué unas naranjas y seguimos con la pala. El hambre hacía estragos al lado de unos vagones que funcionaban como sombrilla.

Acámbaro, Compostela, Sayula, Irapuato, Querétaro... son algunas de las ciudades y poblados de donde se nutre la empresa subcontratada por FERROMEX. En tres roles se pueden desmenuzar las funciones: primero, los peones, el corazón del trabajo rudo; luego, los choferes: conducen los carros de “dos toneladas”, la retroexcavadora y un camión adaptado a las vías que transporta nuevos durmientes; por último, los mayordomos, jefes y responsables del trabajo ante el dueño de la empresa.

El trabajo en equipo es un hecho aislado, generalmente alimentado por móviles egoístas. El problema es que se van a descansar hasta que todos acaban su labor. A regañadientes, todos colaboraban en sacar adelante el día. Los veloces empezaban a recoger el escombros y alistar la camioneta; a algunos de ellos podías verlos acostados en posición confortable. Se asume que se trabaja fuerte y, por lo tanto, descansar no se censura.

Se pica la tierra, se palea y se retira el sobrante. Sacas por un extremo el durmiente (a veces entero, a veces trozándolo), introduces el nuevo durmiente con precisión, lo empotras al riel con placas y clavos, rellenas los lados y muestras la superficie del durmiente para que se te contabilice. Cuatro obligatorios. Algunos alardeaban de llegar a doce en las mejores condiciones y ánimo.

El mínimo requerido para “merecer comida” es una cuota que asegura a la empresa la rentabilidad de su trabajador. Algunos llevaban ocho meses sin descansar, viajando por todo el país con la promesa de pago libre de los gastos de renta y alimentos. La realidad es un deficiente sistema que apresa a los trabajadores en busca de alimento para sus familias.

“Canonicemos a las putas”, escribe Jaime Sabines. En medio del sudor y una actividad similar a cavar una tumba, el sexo es importante. No es un tabú, al contrario: las “amadas” y la mezcla prostitutas-alcohol son un tema recurrente entre algunos exconvictos, machos golpeadores y jóvenes con aires de grandeza. “Das el placer, oh puta redentora del mundo, y nada pides a cambio sino unas monedas miserables”¹. En el itinerario de viaje, dos chicas acompañan a los obreros con el beneplácito de los mayordomos. Sí, 35 hombres con dos mujeres en una casa. Yo sólo pude maravillarme del amor de estas mujeres. “No exiges ser amada, respetada, atendida, ni imitas a las esposas con los lloriqueos, las reconvenciones, los celos”². “Ellas”, unas jóvenes de máximo 25 años, tenían hambre.

1 Fragmento de “Canonicemos a las putas”, de Jaime Sabines.

2 Fragmento de “Canonicemos a las putas”, de Jaime Sabines.



Prácticamente llegaron con estos hombres porque su gracia física y su adicción a la piedra tienen un costo alto: dejarse querer por hombres que no han visto a una mujer en un mínimo de tres meses. Se sentía la pasión desenfundada. “No obligas a nadie a la despedida ni a la reconciliación; no chupas la sangre ni el tiempo; eres limpia de culpa”³.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó ella, quien tenía un piercing en su labio.

— Me han dicho que vives con ellos.

Podía oler un aroma femenino, único en aquel sitio.

—Sí, nosotras les hacemos de comer, y nos pagan por eso —por alguna razón me miró con desdén y se metió a la camioneta.

Miseria, hambre, dolor, lujuria, pero sobre todo pedía amor aquella mujer. “No discriminas a los viejos, a los criminales, a los tontos, a los de otro color; soportas las agresiones del orgullo; alivias a los impotentes, estimulas a los tímidos, complaces a los hartos, encuentras la fórmula de los desencantados”⁴.

Escuché a unos diez hombres de la cuadrilla haber encontrado cariño en estas mujeres. Por las noches no sólo había cariño, también había piedra, marihuana, música ranchera, solventes y alcohol; eran incapaces de conciliar el sueño.

3 Fragmento de “Canonicemos a las putas”, de Jaime Sabines.

4 Fragmento de “Canonicemos a las putas”, de Jaime Sabines.

Conjuraba una repulsión hacia ellas por parte de algunos y una suerte de bendición por otros. El mayordomo era uno de esos “encantados”, pero la forma como “chupaban” dinero se tornó insoportable. “Oh puta amiga, amada, te reconozco, te canonizo a un lado de los hipócritas y los perversos...”⁵. Después de Navidad no supe nada de estas santas.

En noviembre de 2012 entró en vigor una nueva ley del trabajo en México. Los cambios a la ley laboral suman 491 artículos modificados. Algunos resultan confusos, en especial en el tema de la subcontratación y la transparencia sindical. La reforma introdujo (legalmente, porque en campo ya se practicaban) nuevas y variadas formas de contratación temporal que debilitan de manera sensible los derechos de los trabajadores. Las leyes son letra muerta frente a la realidad del obrero, de quien no se puede esperar que respingue por las condiciones laborales, en primer lugar, porque no hay tiempo para pensar. Al comer con estos hombres te das cuenta de lo alejado y extraño que resulta el lenguaje legal para el trabajador. No son ignorantes de sus derechos; en el plano más romántico fungen un papel estoico ante sí mismos. Si no pueden (y en verdad lo intentan) conseguir un mejor empleo, la alternativa es tomar la irreductible servidumbre de su labor como un principio positivo.

5 Fragmento de “Canonicemos a las putas”, de Jaime Sabines.



El agotamiento, el cansancio y el fastidio hieren a estos hombres por el hecho de que aportan un esfuerzo, al término del cual, desde cualquier punto de vista, no se tendrá más de lo que ya se tiene; en cambio, sin este esfuerzo, se perdería incluso lo poco que se tiene. Existe una inercia moral en este mecanismo: se lucha por sobrevivir, y en la mayoría de los casos las ambiciones y compensaciones viles sacian esta especie de olvido que necesitan para regresar a trabajar. Algunos se emborrachaban o fumaban mariguana trabajando; es análogo a un enfermo que pide anestésicos porque sufre. Estos hombres sufren porque no tienen dónde caerse muertos; es un vacío que pesa en su alma y sólo fuentes sobrenaturales salvaguardan el espíritu de sus corazones. “Sobrenaturales” en tanto no existe un medio eficaz para sostenerse por un largo tiempo en esta situación; la realidad se impone y sus mentes y cuerpos son desgastados siguiendo la entropía.



Fotografía por Manuel Ruedas Zepeda

Después de comer, los ánimos se relajaban y casi todos se dedicaban al trabajo “delicado”: empotrar un durmiente en los rieles exige fuerza, precisión y técnica. Las herramientas escaseaban puesto que las compartían entre tres cuadrillas de ocho a diez hombres por cuadrilla. Aquí reinaba la ley del más “abusado”, ya que el engaño y robo ocasional es común. Acabar lo más temprano posible y alejarse del sol los movilizaba en un frenesí de competencia. A pesar de llevar meses juntos, la fraternidad era casi inexistente; lo único que los unía era la sangre. Podía mapear sus localidades y su relación familiar para establecer por qué trabajan juntos. Era un ambiente muy endémico: los de Sayula con los de Sayula, los de Acámbaro con los de Acámbaro, y así sucesivamente.

A pesar del nulo trabajo en equipo podían suceder pequeños accidentes de colaboración, sobre todo en el momento de exigir la comida; entonces se unían con un mismo fin. El hambre es un formidable móvil social. La labor se realizaba sin normas explícitas: “haz tu trabajo” y punto. Los únicos a los que les importaban las “formas” eran los supervisores de FERROMEX. Ironía de la vida: obreros sindicalizados que tienen el mismo “puesto” que los subcontratados son quienes vigilaban el trabajo.

Chuy, supervisor de vía, me contó que también sacaba durmientes con la misma técnica bruta; no obstante, las prestaciones de ley, el bono alimenticio y un horario fijo hacen al trabajo un poco más amable. Dos seres humanos, el mismo trabajo, dos condiciones laborales distintas, dos vidas completamente distintas. FERROMEX sólo



se ocupaba de pagar al supervisor; después de él y un guardia, no conocimos a nadie de la empresa para la cual trabajamos: una esquizofrenia atroz corrompe el trabajo. De la manera más límpida la ilusión de la desigualdad humana es respaldada por aparatos que permiten envilecer el trabajo de los hombres. Una ilusión, sí, porque sabía muy bien Chuy que los peligros que enfrenta su carne son los mismos, y tampoco nosotros estamos exentos del suceso trágico.

Un cabúsapestaba a mariguana. Me di cuenta de que tres obreros le atizaban bien duro a un churro de mota. Tremendo churro de mota.

“Estos cabrones mariguanos, llevan todos los días prendiendo su chingadera”, me cuenta mi compañero de vía. En efecto, era normal el olor a mariguana en cierto horario del día, y no estaba de más: los músculos, las articulaciones y la cabeza sentían una presión generada por el esfuerzo físico, la deshidratación y un sol inclemente. Aunque estaba prohibido el consumo de estupefacientes y alcohol, nunca sobraba alguien “crudo” o con los ojos rojos; esto último se le podía atribuir al sol... a veces. Uno de ellos era Ezequiel.

—¿Te gusta rezar? —pregunté a Ezequiel, ya que tenía un impresionante rosario con bisutería de cristal coloreado de dorado.



El tren Tequila Express pasaba a unos metros del área de trabajo. Vi a sus tripulantes —que pagaron para hacer un viaje de placer— con un gesto desorientado al observar a migrantes enmocharados, sucios y cansados que los saludaban desde abajo. Y nosotros, obreros del tren, con nuestros cuerpos llenos de tierra observamos la escena.

Fotografía por Manuel Ruelas



—Nel —me contestó mientras se acomodaba su paliacate, parecido a un forajido del viejo oeste.

—¿Cómo llegaste aquí, Ezequiel? —pregunté mientras observaba sus múltiples tatuajes desdibujados por su exposición al sol.

—No hay más chamba para mí —con un ademán me contestaba y me pedía ayuda para sacar el durmiente.

—¿Qué hacías antes? —se quitó el paliacate para contestarme.

—Yo estaba en la vida loca. Me subía al tren a fumar y a ver qué sacaba, hasta que me metieron en el bote, y me buscan para matarme. Mandé todo a la verga y el único trabajo que conseguí es éste.

Cambió su mirada hacia la pala y, con un curso de plática casual, me pidió agua. No volví a preguntarle nada.

Estaba solo. Vencido por el sol, me senté, cerré los ojos y pedí que acabara la semana. Tal vez mi suspiro fue tan fuerte y lleno de debilidad “burguesa” que Enrique y Jorge, primos, amigos y colegas, tomaron mi pico y pala y continuaron mi pobre avance de la jornada.

—¿Y tengo el gusto de conocer a...? —exclamé, quitándome los guantes para darles la mano.

Jorge García, uno de los más grandes, tiene 40 años; Enrique García, parecido a Brutus de “Popeye el marino”, es un hombre grande con fuerza hercúlea. Pasé la mañana al lado de ellos. El trato fue que ellos picaban y paleaban; yo les ayudaría a clavar los durmientes a los rieles. Todos nuestros durmientes.

Jorge García, ser humano piadoso y siempre atento a las necesidades de su familia, me contó que empezó a chambear a los ocho años y que hasta la fecha no ha parado. Citas de la Biblia y alabanzas divinas construían nuestro diálogo. No es difícil encontrar una relación directa de Cristo con los obreros: las parábolas del trabajo en el campo, la vid, la semilla de mostaza, el trigo, la conclusión perfecta del sacrificio que se transforma en pan y vino. No existe entre los obreros un espacio para pensar en otra cosa que no sea el propio esfuerzo. Esos niños absortos en los videojuegos se quedan cortos ante la suprema atención que exige el trabajo en las vías. Resulta un esquema similar al de la oración, un movimiento continuo sin interferencia de ningún otro pensamiento. Jorge afirmaba que es cristiano porque Jesús también trabajó toda su vida; para Jorge no había duda de a quién pertenecía el evangelio (“buena nueva” en griego). Volver a su pueblo y comer con su mujer es su principal deseo.

Enrique García es un gordito bonachón que estuvo en Estados Unidos cerca de cinco años. Tenía mujer y buena chamba en el país del norte, pero se regresó de California porque estaba engordando mucho.



—Un marranito me sentía. Allá comes bien, vistes bien; parece un sueño, pero son pu-ros pinches vicios.

Este hombre se tenía que acomodar el cinturón del pantalón a cada rato; al parecer, la obra los hace adelgazar rápidamente.

Provenientes de Sayula, apenas cursaron la primaria. Llevaban diez años trabajando en las vías, y sus historias de campo son un juego tanto gracioso como macabro. Enrique tiene una cicatriz en el vientre. Me cuenta que hace un año, al bajar de la camioneta que lo llevó al trabajo, se le enterró una barra que le atravesó el escroto y la barriga. Bendito sea el Señor, Enrique está gordito.

—¿Quién te atendió el accidente?

Mi pregunta se tornó en revelación.

—Primero me llevaron a la Cruz Verde; después terminé en el Hospital Civil. Como no fue tan grave, salí pronto. La bronca fue que no pude trabajar por seis meses, hasta que se cerrara la herida. Mi papá y mi suegra me ayudaron, Manuelito.

—Pero, ¿qué no están inscritos en el IMSS?
—le pregunté.

—Aquí te van a decir que sí, pero por obra aseguran a cinco o seis; los 30 que somos ni soñando tenemos seguro.

Todos confirmaban la misma historia de

Enrique: si sufres un accidente de trabajo, te quedas solo con el problema. Es muy normal ver las cabezas de los marros salir proyectadas, al igual que clavos de vía, unas linduras excelentes para perforar un cráneo.

—¿Cómo llegaste a trabajar en la vía?
—le pregunto a Jorge García, obrero del durmiente y padre de familia que tuvo la amabilidad de invitarme a su pueblo, a su casa.

—Mira, yo siempre he trabajado en el campo. Desde morrito mi papá nos llevaba a sembrar, desmontar, barbechar, recolectar el alimento. Lo que pasa es lo siguiente: uno chamea de lo que sea. Te dicen “¿tú qué sabes hacer?”, yo digo “albañil”, y me mandan a hacer cosas de obra. Así empecé a trabajar recibiendo mejores sueldos. Estuve en una tequilera, en Sinaloa, en Colima. Hasta que un día un compadre me enseñó a hacer nieve, y me iba re bien. Hacía un promedio de 35 litros de nieve. Pude juntar hasta 15 mil pesos al año, pero el año pasado estuvo bien decaído, y no sólo para mí, también para mis colegas. Todos cerraron porque no había venta. Por si fuera poco, todo subió en costo: azúcar, sal, leche, nuez, el limón... Pero hoy hago lo que se pueda, no lo que yo quiero o lo que yo sé; yo preferiría ser nevero, pero

SI SUFRES UN ACCIDENTE DE TRABAJO, TE QUEDAS SOLO CON EL PROBLEMA



hago de albañil, pega durmientes, fontanero, electricista, campesino...

A Jorge se le puede observar un ojo más chiquito que el otro, como si no pudiera abrir más su párpado izquierdo.

—¿Qué repercusiones tiene trabajar sin descanso?

—¡Uh! El cuerpo te cobra la factura. Yo antes me iba cinco días a la sierra en bicicleta y regresaba a chambear como si nada hubiera pasado. No me cansaba. Yo soy de los que trabajan por días sin dormir, así hice mi casa. Tenía dos chalanes: uno se quedaba en la noche; después llegaba yo como a las ocho de la mañana con el otro chalán. Los fines de semana yo trabajaba solo. Poco a poco terminé la casa: yo le puse cimientito, tuberías, electricidad, el piso, la pinté todita. Me tardé tres años. Me fui acabando, acabando, de tanta chinga. Primer aviso: me dolían las piernas, tenía sueño pero no podía dormir. Fui con el doctor y me recomendó entrarle al dulce: tenía baja el azúcar. Y después me pegó la parálisis facial; duré un mes sin trabajar. Seguía chueco, pero seguí trabajando. Me cayó el cálculo renal; un dolor insoportable. Temperaturas arriba de 40 grados; de la regadera a la cama para bajarme la calentura. Me salvé porque en Guadalajara me internaron. Y sí, me costó un ojo de la cara hacer mi casa.

—¿Cuál es tu mayor aprendizaje al trabajar

en la vía?

—Yo pienso que uno debe tener claro, al trabajar con los ricos, empresas o terratenientes, que eres prescindible. No todos son tan desgraciados, pero siempre hay lambiscones y gente que le gusta chingar gente. “Siempre eres una cosa desechable para el patrón”, nada ni nadie es tan importante para una empresa: hoy te vas y enseguida quieren 20 canijos tu puesto. Sobramos, siempre hay alguien que te remplace. En Sayula, por ejemplo, llegaron oaxaqueños y gente del sur, y les pagan menos y trabajan más. Dime, ¿qué les preocupa a los patrones tenerte en su empresa? Nada.

José de Jesús vive en la penúltima casa antes de llegar a la terracería que colinda con uno de los cerros que bordea el valle de Sayula. Su casa de ladrillo nos da la bienvenida con flores y plantas acompañadas del sonido de palomas que habitan después del pasillo.

“Chuy”, como lo conocen, tiene cuatro hijos, esposa y una casa que mantener. Apenas tiene 30 años. Ha chameado en ladrilleras, granjas, el campo, comercio y cualquier trabajo que salga. Estuvo una temporada en la Ciudad de los Niños del Padre Cuéllar. Desde los once años trabaja.

—Llegué a trabajar a la vía por invitación.



Es bien culero. Esa onda está bien mal pagada; hasta los mismos de FERROMEX lo dicen. Es mucha putiza para lo poco que ganas. Desde Sayula salimos a chambear. Primero a Tlajomulco; después fuimos a Alzada, Colima, con una tierra que parecía concreto. Bien cabrón que estuvo.

Chuy trabajó hasta Navidad con los contratistas; él fue de los pocos que exigía su pago antes de Navidad, y ante la negativa, lo “liquidaron” (ridícula palabra para estos hombres) y despidieron. En la vía se lastimó el ojo, las manos, la espalda. Jamás paró de trabajar.

—Siempre me malpasé en la comida: nunca estaba a la hora, era muy poquita y aparte te veía el patrón como si te estuviera haciendo el pinche favor. Te voy a decir: estas empresas son iguales, sólo están pensando en ganar más y nunca en el trabajador. Yo por dentro digo “me necesitas y te necesito, todo lo demás a chingar a su madre”. Y a trabajar. Si no te estoy pidiendo limosna, ¿para qué la hacen de pedo?

Nunca le pagaron horas extras en Guadalajara.

—Lo positivo es que tienes trabajo, pero son rebuenos para robar. Nos tenían en las peores condiciones: unas pocilgas, comida para llorar, las cuentas las hacían largas. De todos los “jales” que he tenido, éste fue el más cabrón. La vía te mata.

—¿Qué has aprendido en tu vida? —le pregunté, ya a punto de retirarme de su casa.

—Pues que la vida es difícil, pero que hay

cosas buenas. Yo salí de las drogas y ahora trabajo por mi familia; todos los días, sin excepción, trabajo para que mis hijos coman y les vaya mejor en la vida. Pero mira: en esta vida el único consuelo que me queda es que nadie se va llevar nada cuando se muera. Nadie. Ricos, pobres, jotos, lo que sea, bendito Dios ajusticia a todos al llegar el final. Con eso me quedo.

De Jorge y Chuy aprendí que, por encima de la miseria y el sufrimiento, comer un plato de frijoles es la mejor causa del llanto. Comer —una acción— se trata no sólo de satisfacer una necesidad, sino primordialmente de una actitud unida al acto, que convierte la realidad en un don. Estos hombres tienen el privilegio de consumir un alimento puro que consiste, simplemente, en levantar la mirada y dar gracias por el alimento recibido. Estar con ellos no significó sólo cansancio, injusticia o conmiseración. Por el contrario, estar de frente a la infinita vía paralela del tren significó glorificar el trabajo como un instrumento que hace sabios a los hombres.

